



Año I

Núm. 12

SUMARIO

Los pájaros, por J. Morales de Peralta.—Sierra Morena: Una fecha, por Br. Cartucho.—Nuestros cazadores: D. Ceferino Palencia y Calvo.—Las aves acuáticas, por Roque Sánchez.—Peligro que nos amenaza.—Crónicas de caza, por Evre.—Junto á la hoguera: La novia de Ramón, por Guillermo J. Añy.—Hojeando pergaminos: Legislación de Platón sobre la caza, por Ruy Lope.—El monstruo de Navalperal, por Un Pollo Igualón.—La preocupación de D. Anselmo ó un tiro de cálculo, por M. Morales.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.—Noticias.—Nuestro retraso.—Cazadores.—Foot-ball.

(No se devuelven los originales.)

Los pájaros

Grande es mi contrariedad al ver la tenaz persecución de que se les hace víctimas á los inocentes pájaros.

Chicos y mozalbetes, provistos de tiradores de goma en las capitales, la pajuela embadurnada con liga en los pueblos, las ballestas y la red en el campo, por todos lados se muestra la incultura de las gentes, á ciencia y paciencia de las autoridades que no ponen coto á esta devastación en perjuicio de la agricultura.

Apena ver por esas calles, aun en tiempo de veda, jaulones llenos de diversos pájaros, sin que nadie se oponga á esa infracción de la ley (artículos 17, 25 y 30 de la ley de Caza).

En mi modesto libro *Prácticas cinegéticas* me ocupé detenidamente de esta infracción, que lamento, y me enorgullece que instintivamente me haya ocupado de la defensa de los pájaros, al revisar libros y revistas en que hombres de talento é instrucción se ocuparon de este asunto, y si no se atendió á los que han desempeñado y desempeñan altos y merecidos puestos, ¿cómo han de atender á mi humilde persona!... Pero como me considero feliz estando á bien con mi conciencia, desde las columnas de esta revista y cumpliendo con mi deber, como individuo que soy de la Directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, llamo la aten-

ción del Sr. Ministro de Agricultura, para pedirle protección en favor de las insectívoras, por el mucho bien que reportan.

En la culta y elegante revista *Blanco y Negro*, del día 8 del corriente, leí con satisfacción lo siguiente: «*La Fiesta del Pájaro en Bilbao*. Fiestas como la que acaba de celebrarse en *Iralabarri*, la barriada bilbaína que debiera tener muchas iguales en toda España, hablan muy alto en pro de la cultura de sus organizadores y de cuantos contribuyen á su realización.

»El programa llenó todo el día, pues los festejos dieron comienzo con una diana por los tamborileros del Ayuntamiento, siguieron con carreras y concursos de niños, revista á los jardines del barrio, concediéndose tres premios á los mejor envidados; revista de las escaleras, siendo premiados con dulces y caramelos los niños de la casa que más limpia la tenían.

»Luego se verificó la parte más interesante de la fiesta: *la suelta de pájaros*. Era verdaderamente agradable y simpático ver un centenar de niños y niñas de la escuela del barrio que, dirigidos por sus maestros y precedidos del alegre tamboril, salían de sus escuelas respectivas, llevando cada uno una jaula con su pájaro correspondiente.

»Al llegar á una de las campas, formaron semicírculo, cantaron varios himnos referentes al acto, y á una señal convenida cada uno de los niños y niñas dió libertad á su respectivo prisionero, entre los aplausos del numeroso público.»

Lo que acabo de copiar no necesita comentarios.

Recuerdo haber leído que la Sociedad Ornitológica de Basilea, de acuerdo con la Protectora de los Animales, colocó en los paseos públicos de aquella ciudad, durante el invierno, unos aparatos con alimento para los pajarillos, ordenando á los guardas de alamedas, jardines y parques que no podasen los árboles que tubiesen bayas hasta pasar el invierno, para que esas aves encontrasen pasto abundante en las ramas de los serbales, la hiedra, las vides, etc.

Se ha notado en las hortalizas y árboles frutales, algunas temporadas que han escaseado los pájaros por algún accidente atmosférico ó por haberlos capturado con redes ó ballestas, que los frutos han adquirido enfermedades producidas por cierta clase de insectos cuyas larvas eran el alimento preferido de aquellas pequeñas avecillas.

También persiguen con insistencia á la langosta y al pulgón, cuya invasión tanto perjudica á la vid.

En determinados parajes cenagosos, en donde abunda el mosquito productor del paludismo, se ha observado que en los años en que los pájaros han invadido aquellos lugares han destruido el dañino insecto.

Además los pájaros alegran el campo. ¿Quién no goza de la dulce armonía que producen los trinos del ruiseñor? Pues esta apreciable avecilla es una de las más insectívoras que se conocen y abundante en nuestros campos y parques; sin embargo, el ruiseñor se vende en la plaza, se le enjaula y se le persigue con verdadero encarnizamiento.

Esta primavera, en una de las calles más céntricas de Madrid, un sujeto ofrecía á los transeuntes un nido de ruiseñores por un puñado de céntimos.

En el jardín que existe enfrente de mi casa, desde los últimos días del mes de Abril, se sentía mañana y tarde cantar con ese dulce y entonado silbido á un mirlo, que en un gran ciprés, sin duda alguna, tenía fabricado el nido; sentados cerca del balcón pasábamos muchos ratos mi mujer y yo oyendo á la inquieta avecilla.

Un día echamos de menos sus alegres trinos y al inquirir la causa de aquel silencio, uno de mis hijos nos dijo que el inocente mirlo había muerto á la tercera puntería del devastador *tirador* de un chico...

Protección para esas piutadas avecillas que alegran al que las oye y prestan tanto bien á la agricultura.

J. MORALES DE PERALTA

SIERRA MORENA

UNA FECHA

Sin pelo de aire amaneció aquel día. La niebla espesa, que no dejaba ver siquiera las orejas de las bestias á las *escopetas blancas* que las montaban, era indicio seguro de que la tarde había de ser apacible y hermosa, según el refrán que dice:

Mañana de niebla,
tarde de paseo.

Con las bocas cerradas, por temor á tragarnos insensiblemente algún constipado serrano, muchas veces de fatales consecuencias, porque se presentan ocultando insidiosas pulmonías, marchábamos desde la dehesa de Selladores á la de Cascajoso— en la Sierra Morena, provincia de Jaén, término de Baños de la Encina,— y pasada la huerta del Médico y el collado de las Gamonosas, el maestro de posturas, ya difunto, Manuel Díaz, perdió el camino. Ya estábamos casi en el estrecho de la Remediadora, cuando, advertido Ensebio, tan excelente cazador como experto guarda del Puntal (por entonces), del error sufrido, hízonos tomar por el raso arriba de Nava el Perruno, hasta que de nuevo dimos con la vereda, siguiendo por ella hasta encontrar á la gente de bronce que hacía ya más de media hora nos esperaba, rodeando una magnífica lumbre, en la junta del arroyo de Ceferino con el río Cascajoso.

Entre aquel grupo de intrépidos monteros se hallaba el Benjamín de la excursión, joven que apenas contaba veinte años, quien, sin poder ocultar su avidez de ser «alcalde», siquiera por unas pocas horas, cogiendo su escopeta central calibre doce, se puso á la vanguardia de aquel cordón alegre de cazadores que, río arriba, caminaban á la *casa-choza* de la dehesa de Cascajoso, lugar de la distribución de las escopetas.

Íbase á montear la solana de las Tapuelas, y la valiente jauría ó reata de Antonio Cozar, dirigida con su natural maestría por el intrépido Joselito, quien capitaneaba otros tres ojeadores más, debía entrar batiendo por el cerro de los Caballeros y bajar por la referida solana de saliente á poniente.

El de los veinte Abriles, ganoso, como se ha dicho, de conquistar la alcaldía, ó de empuñar la vara, se afilió voluntario á la línea de la izquierda, mandada por Melitón, línea

*

que había de cortar por los portillos de arriba la huída de las reses á *loma larga* y dehesa de Caravajal.

En unos peñoncillos que hay al final del ojeo, por encima de un cañalazón de breñas muy espesas, rodeando una larga pedriza, por cuya parte inferior atraviesa la vereda que salta por el collado que hay sobre la hoz que llaman de la «Greda», recostado al pie de un añoso alcornoque, se hallaba el Benjamín de los monteros, en el puesto que le designó el director de línea, cuando sintió los disparos de los ojeadores, nuncios de que los perros habían encontrado reses.

En efecto, la recova, en un poyo de monte muy espeso, daba vueltas y revueltas detrás de las jabalinas, produciéndose una terrible algazara: crujir de monte, tronchar de támaras, rodar de piedras, embestidas de los perros, ladridos feroces... Y todo esto acompañado de tiros, salvas y gritos potentes de los ojeadores, sobresaliendo entre todos el jay... madro!... ¡arriba... arriba... arriba... a!!! de Joselito, que, frenético, alentaba, desde lo alto de un peñoncillo á su jauría, repercutiendo cada vez que hacía ¡hum! en aquellos extensísimos valles, como el mujido de un trueno, hasta que lograron unos y otros, podenqueros y perros, hacer salir de aquel enmarañado asilo á una valiente arocha, que tomó rebozando por encima de la casilla de la dehesa, y huyendo de los canes que, sin perder la pista, se la iban comiendo, subía derecha, derecha al portillo, donde se hallaba el futuro alcalde.

Grande fué, sin duda, la emoción que sintió al oír el tamareo que producía la guarra, tamareo que sentía cada vez más cerca... hasta que vió moverse las matas del monte y... á poco vislumbró un trasluzón del cerdoso cuerpo... Ya más cerca, vió perfectamente que era una jabalina... Se le aproximaba... La dejó venir... Llegó tan cerca que le pudo contar las cerdas encrespadas de la espina dorsal; percibió el gorjeo jadeante que produce á estos animales la carrera y agitación cuando huyen y...

Allí la serenidad de la novel escopeta; allí la sangre fría dejando que *cumpliera* y se *asesinara* ó *suicidara* el mismo animalucho, llegando con su cuerpo á tocar los cañones de la escopeta; allí el valor de quien si por sus pocos años la imaginación le acicataba desde que vió el primer trasluzón entre el monte, su entereza supo contener los latidos del corazón y... apuntaba y... aseguraba la pieza, hasta que, doblando el dedo le lanzó al codillo derecho una bala que le partió los hi-

gados y le hizo rodar mordiendo piedras en las últimas convulsiones de vida.

¡Así se matan las reses!

Para perpetuar aquel triunfo sacó el flamante alcalde del bolsillo del chaleco una pequeña navaja y gravó como pudo, en toscos caracteres, unas iniciales con un renglón por debajo y una fecha, en la forma siguiente:

F. G. M.

AQUÍ MATÓ LA PRIMERA JABALINA

27 Noviembre 1901

Ya pueden los tiempos desencadenar sus huracanes y azotar con agua torrencial y granizos gordos aquella roca, pues como no la destruyan no lograrán borrar las cifras esculpidas.

Si alguna vez, lector, tuvieras la suerte de pasar por aquel paraje amenísimo, fíjate y verás el *monumento*.

Cuando nos reunimos todos en la casilla de Cascajoso, felicitamos cordialmente al señor alcalde, quien, con el rostro lívido, efecto de la emoción indescriptible que le embargaba, silencioso por el mutismo que imponen los grandes triunfos á quienes por primera vez los saborean, y con las manos ensangrentadas, recibía los parabienes y quedaba consagrado montero de *Sierra Morena* desde aquel mismo instante por derecho propio.

Aquella noche se celebró el acontecimiento en la susodicha casa-choza, con mucho frío por las espaldas, grandes *chaparrones* del de la *Calzada* y chistes y discusiones y... un rato más que regular de hambre fina, mientras nos trajeron comida de los Tembladeros, donde teníamos el hato; y luego de haber cenado tarde, sí, pero bien, hubo baile á *medias paredes*, etc., etc., hasta que Morfeo, pasada la media noche, se hizo presente allí, cerrando nuestras párpados y haciéndonos pagarle todos y cada uno el tributo que la humanidad entera le rinde necesariamente.

Poco después de quedar todo en silencio pudimos escuchar al futuro alcalde, que decía... Ya... ya sube... y viene aquí... Calma... ¡La he matadol... y otras palabras que no pudimos entender. ¡Soñaba con su triunfo!

¡Y qué rara será la noche que no sueñe lo mismo aquel afortunado!

Mucho tiempo ha transcurrido desde entonces, y si á mí no se me ha olvidado aún aquella hazaña, supongo que la recordará el interesado siempre con verdadera fruición.

BR. CARTUCHO

Sierra Morena Agosto 1911.

Caza y Pesca

NUESTROS CAZADORES

DON CEFERINO PALENCIA Y CALVO

Si hemos de rendir tributo á la ancianidad, merece un primer puesto en nuestra galería de retratos D. Ceferino Palencia y Calvo.

Nuestro biografiado es uno de esos cazadores de antiguo cuño, de los que sienten la afición y consideran como cosa sagrada y le rinden verdadera veneración.

El Sr. Palencia, hábil y laborioso ebanista que hoy ejerce su profesión en la Real Casa, es de aquellos que no conocen la fatiga cuando se trata de salir á cazar.

Desde muy niño, al terminar sus tareas, en víspera de día festivo,

salvaba á pie y de noche la distancia que media entre Madrid y Torres, San Fernando y pueblos comarcanos, por no esperar la hora de la diligencia, que llegaba tarde al cazadero, pues en la época de que nos ocupamos no existían otros medios de locomoción.

Llegaba al cazadero, y para aguardar la salida del Sol se echaba debajo de un carro, envuelto en su recio capote.

Es imposible reseñar una por una todas las notables cacerías que realizó en sus muchos años de práctica cinegética. Sólo recordamos

que una vez, al regresar de una de sus excursiones y al ver que había cobrado más de treinta piezas, le preguntaron en el tren unos cuantos cazadores que no fueron tan afortunados:

—¿De buen vedado vendrá usted?

—De uno muy grande.

—¿Cómo se llama?

—Terrenos libres de Peralejo — contestó

el interpelado con su habitual sangre fría.

Es un gran tirador de perdices, su caza predilecta, y odia el reclamo y los procedimientos chucheros; todo lo fía á su gran resistencia y á su exquisita puntería.

Hoy cuenta setenta y seis años de edad y sale de caza con gente joven, entre ellos su hijo D. Gabriel, y no se rinde jamás. Aún enmienda la puntería á sus acompañantes con cer-



teros y prodigiosos disparos. No admite morraleros, porque considera un abuso llevar á un muchacho cargado como una bestia y por muy poco estipendio; por eso prefiere colgar el morral de sus espaldas y cazar con él durante todo el día.

Descuelga las perdices maravillosamente y á muy largas distancias, lo cual demuestra que conserva una vista privilegiada.

Nuestros lectores podrán apreciar cuanto decimos al contemplar su actitud en el retrato que acompaña á estas líneas, pues la in-

discreta máquina fotográfica le sorprendió en plena sierra, y en lo más escarpado, en persecución de las perdices.

Se sirve y se sirvió siempre de buenos perros *pointers*, ligeros de piernas, á los que muchas veces rindió en penosas jornadas.

El Sr. Palencia conserva vista admirable, piernas de hierro y sobrada afición para continuar cazando muchos años, pues su pasión por la caza morirá con él.



LAS AVES AGUATICAS

Pues señor, hasta ahora que ha soplado un poco el viento Norte, refrescando algo la temperatura, no podíamos figurarnos que estábamos en el otoño. Los días espléndidos y templados nos hacían creer que el verano se prolongaba hasta la Pascua, y que el movimiento de los ejércitos alados que en esta época cruzan el espacio quedaba paralizado por tiempo indefinido.

Pero todo cambia en este mundo, y la estación estival parece ser que por fin se ha decidido á abandonarnos dejando entrada al otoño, que según las pintas debe ser cortísimo, huyendo también á toda prisa para dejar paso al invierno.

Son éstos, precisamente, los días críticos en que las aves acuáticas, desde la cerceta al pato real, en las palmpedas, y desde la becacina á la garza, en las zancudas, vienen para estarse entre nosotros hasta la primavera, poblando nuestros ríos y arroyuelos, nuestras charcas y lagunas.

La segunda quincena de Octubre es la época preferida por estas aves para hacer su entrada. Los vientos del Norte les ayudan en su largo y penoso viaje; los hielos polares las ahuyentan hacia acá, donde les espera un clima más benigno y una comida suculenta y abundante.

Cuando á mediados de Septiembre empiezan las nubes á regar nuestras secas y agostadas vegas, aparecen siempre algunos patos, garzas, becacinas y otras aves de ribera, que deseosas, sin duda, de hacer pronto la travesía, precipitan su viaje; pero cesan las aguas y queda interrumpida la entrada hasta estos días, que con el cambio de temperatura la vuelven á reanudar.

Así, pues, cuando puede considerarse definitivamente que están aquí es en aquellos días en que los fríos congelan las aguas y endurecen el barro, impidiendo que la becacina, por ejemplo, introduzca su largo pico en busca de la lombricilla, y el pato zambulla su vistoso y grasiento plumaje en los charcos y lagunas.

Éste es el principal motivo que las obliga á venir á regiones más templadas. Otro es la persecución de que son objeto en ciertos sitios y en determinados días del año, como ocurre en la Albufera de Valencia. En este punto las tirotean de tal modo que, poniéndolas en confusión, huyen á otros lugares que inocentemente creen más seguros y tranquilos.

Mas es vana su esperanza. En todas partes donde van encuentran un centenar de cazadores que ansiosos las esperan, no dejándolas sosegar un momento. Cuanto más grande es la bandada, mayor es el número de enemigos, aunque á pesar de eso no se arredren ni sean tantas las que se matan, en proporción á los cientos de miles que en toda España se distribuyen.

Cuando luego, allá en los comienzos de la primavera, se reúnen para irse á su país natal á hacer tranquilamente la cría, se las ve de nuevo en tan gran número que parece no haber muerto ni una siquiera.

Y es que las hostigan de tal modo que aprenden á defenderse con precisión matemática, tanto de las águilas como de los cazadores; igualmente de las nutrias, que de las redes con que procuran atraparlas en algunos sitios para matarlas, como en el tiro de pichón, en donde se paga á peseta el disparo si se trata de patos reales.

Como se ve, tienen muchos enemigos; pero nada las acobarda ni amedrenta; sus poderosas alas, que les permiten volar horas enteras sin cansarse, y su astucia en ocultarse en el agua, agarrándose con las patas á cualquier carrizo, y asomar sólo el pico para poder respirar, las pone á cubierto de muchísimos peligros.

Pero no todas disponen de estas facultades, por desgracia suya. Á las pollas de agua y corderos de pantano, ó rascón perlado, les falta, á las primeras el potentísimo vuelo de los patos, y á las segundas la astucia.

Por eso estas dos especies se cazan con relativa facilidad, sobre todo en los primeros días después de su entrada, en que, cansadas é inocentes aún, aguantan con firmeza la muestra del perro, y en vez de correrse ó

zambullirse en el agua, salen volando despacio, dando tiempo á cualquier cazador ó principiante á dispararles los dos tiros de su escopeta antes de los veinte metros.

El rascón perlado, del tamaño de la codorniz, vive en los terrenos pantanosos, en donde hay poca agua y mucha yerba que le permite ocultarse bien y encontrar abundante comida.

Esto facilita grandemente que el cazador vaya hasta ellos, con botas impermeables por supuesto, «y sin el peligro» de encontrar una laguna ú hondonada que le obligue á mojar-se las pantorrillas, como sucede frecuentemente en la caza de patos.

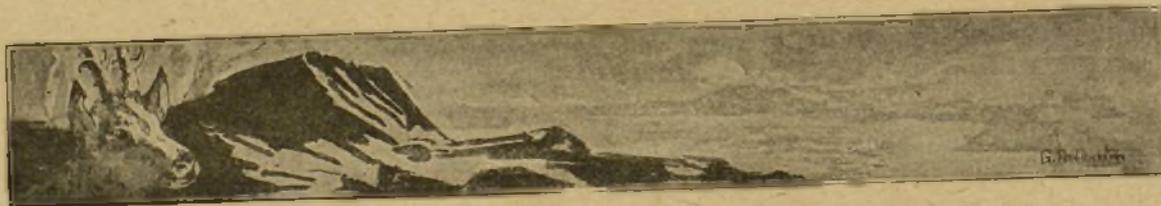
El perro que se utilice en esta clase de caza, sea de la raza que quiera, estará bien educado, pues de lo contrario, en pocas carreras de un lado á otro los pone en completa confusión, siéndole ya muy difícil levantarlos en buenas condiciones de tiro; que estas aves, todo lo que tienen de pacíficas para aguantar la muestra antes del primer vuelo, una vez levantadas, corretean y se ocultan en el agua hasta desesperar á perro y cazador.

La carga debe ser, con las pólvoras sin humo, de gramo y medio, y en las negras de tres y medio, con una onza de perdigones del número 10, llevando en el cañón izquierdo un cartucho de plomo más grueso, del 7, por ejemplo, para en caso de salir algún pato, cerceta ó liebre, que en el invierno buscan la orilla del agua para encamarse, no perder la ocasión de saludarle en las debidas condiciones.

Y así dispuestos, sin correr cuando cae alguna pieza alicortada, que ocasiona baños imprevistos, ni agacharse cuando cruzan los patos por encima de nuestra cabeza, porque se suelen mojar las posaderas, se puede matar en cada tarde alguna docena de rascones, que con su carne blanca y riquísima constituyen un gran plato para los gastrónomos.

ROQUE SÁNCHEZ

Alhama (Murcia) Octubre 1911.



Peligro que nos amenaza

Vamos á dar á nuestros lectores una noticia que pone los pelos de punta, por muchos afeites y cosméticos que se utilicen en el peinado.

En las afueras de Madrid, en la distancia que media entre la Plaza de Toros de Tetuán y las tapias del monte de «El Pardo», pasando por la dehesa de la Villa, según se tira á mano derecha, ha invadido una verdadera plaga de conejos, perdices, liebres y aves acuáticas aquellos fructíferos campos productores de sabrosas hortalizas.

Los humildes moradores del barrio de Bellas Vistas han organizado batidas y establecido posiciones avanzadas para evitar que aquella abundancia de caza constituya una calamidad pública.

Un personaje político que tuvo la mala ocurrencia de pasear en automóvil por aquellos lugares, fué víctima de un incidente que pudo degenerar en accidente desgraciado.

Como quiera que tan codiciados roedores han agotado los alimentos de aquella hermosa campiña, salieron al encuentro del auto y comenzaron á roer los neumáticos con tal voracidad que en pocos momentos quedaron las ruedas al descubierto y el vehículo tuvo que detener bruscamente su vertiginosa carrera, con grave riesgo del que lo ocupaba, que al tratar de enterarse de lo que ocurría, recibió un fuerte golpe en la mitad superior de la cara posterior del muslo izquierdo que le hizo perder el conocimiento.

Se afirma que en el Canalillo se ocultan aves acuáticas de diversas especies y tamaños, que enturbian las aguas potables y que pudieran poner en peligro la salubridad pública.

De ser cierto cuanto se nos manifiesta, se hace preciso tomar alguna medida para evitar tantos males.

Una sección de ametralladoras, protegida por una columna irregular de aficionados á la caza, pudiera tal vez contener esa invasión, que tiene consternados y medrosos á los moradores de aquellos contornos.



CRÓNICAS DE CAZA

Continuación de la anterior.—Dificultades que ofrece el tiro de la paloma torcaz huida de las redes.—La caza de estos animales con ciega ó cimbel.

Obligado por el espacio que nuestro amable Director concede para estos escritos, suspendí mi anterior crónica en el punto más interesante para el aficionado á la caza con escopeta, indicando tan sólo las dificultades que ofrecía el tiro de las palomas torcazes que, por no haber entrado en las redes ó por haber escapado de ellas, huían con vuelo rapidísimo, haciendo evoluciones y zig-zag difícilísimos para poder coger la puntería y hasta para calcularla.

Colocados los escopeteros, que así les llaman en los Pirineos á que me refiero, ocultos en lugares detrás de las redes, esperan impacientes el momento del paso de las palomas escapadas para dispararles sus armas.

Y en verdad que es emocionante la situación, más que nada por lo abrupto del terreno. Enormes desfiladeros, profundos barrancos harán resonar el estampido de los disparos, y hasta el golpe seco de la paloma que pase por ellos, pierda la vida y vaya á chocar contra las rocas, rodando al fondo de un abismo. Tales son las dificultades de este orden que, en la mayoría de los casos, aun siendo la pieza muerta ó herida, es necesario abandonarla, por la imposibilidad absoluta de llegar al sitio donde se halla.

Decíame el amigo que me proporciona estas noticias: allí van las mejores escopetas de los pueblos del contorno; acostumbrados á las dificultades del terreno, maestros en vencerlas, pues á pesar de ello son muy pocos los que logran, no ya hacer una buena cacería, sino

á veces hasta estrenarse. Por mi parte, y constante de la mía que es una buena escopeta, añadí, asistí muchas veces á estas cacerías y rara fué la que no volví *bolo*: unas, la mayoría, por no haber matado, y otras por no haber podido cobrar la pieza ó piezas muertas, que para el caso es lo mismo, pues la posesión real y efectiva del animal que se tiró es la que hace fe en las cacerías de aquella clase, como debe hacerlo en todas, no bastando decir, como hay muchos que lo dicen, maté tantas ó cuantas piezas, contando entre ellas las que no cobraron, pues semejante cálculo se presta á errores y á que la ilusión nos engañe, creyendo muerta la que se fué sana y salva.

Todos conoceréis anécdotas parecidas; pero no puedo resistir á la tentación de referir á este propósito una de tantas.

Cazábamos varios aficionados en un coto, á ojeo de perdices. Al final se pasaba lista para anotar en el *carnet* las piezas muertas por cada uno.

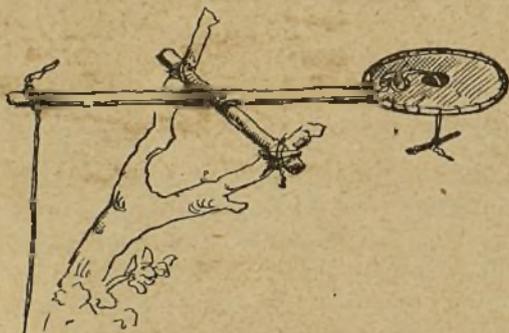
Don *Fulano* dijo un número no pequeño. Se hizo el recuento del total de las piezas cobradas en aquel primer ojeo con el que arrojaba el *carnet*, y no resultaron conformes ambas sumas. Vuelta á contar y á recontar, y nada, no se encontraba la diferencia; hasta que el autor de la equivocación, con una inocencia paradisiaca, preguntó: «*Pero no se cuentan más que las cobradas? Porque yo he dicho todas las que maté y de las cuales no he recogido ninguna.*» Una explosión de risa premió esta sincera de-

claración que, por otra parte, el hecho que la motivó responde á la creencia de algunos de que todo lo que tiran va muerto.

* * *

Y concluida la breve reseña de la caza de las palomas con redes á su paso emigratorio por nuestros Pirineos occidentales, describiremos la forma de cazar estos mismos animales en análogas circunstancias, con *ciega* ó *cimbel*.

Verifícase ésta preparando en los sitios que se consideren convenientes *chozas* ó *chabolas*, como por allí se las llama, construídas de ramaje, con pequeña puerta de entrada y ventanas ó agujeros mirando á los árboles en donde han de colocarse los cimbeles, que consisten en una paloma previamente domesticada y preparada para ser puesta en los aparatos de que da idea el dibujo correspondiente.



Así preparados, se colocan entre las ramas de los árboles cercanos á la *chabola*.

Una cuerdecita atada al extremo del brazo de palanca contrario al en que la paloma aparece posada corre desde dicho extremo perpendicular al suelo. Por medio de una horquilla de madera clavada al mismo pasa la cuerda horizontalmente hasta dentro de la *chabola*.

En ella se meten los cazadores en número de cuatro ó seis, y á veces más, y de pie, con los cañones de las escopetas asomando por las ventanas ó agujeros de la *chabola*, apuntan á los árboles donde están colocados los cimbeles, y esperan la voz de mando del jefe de la expedición, que á su vez maneja los cimbeles.

En tal situación, vistos los bandos de palomas á larga distancia por los vigías colocados al efecto en sitios estratégicos, cada cual ocupa su lugar y con las escopetas amartilladas, la respiración contenida y el corazón latiendo fuertemente de impaciencia, aguardan el momento culminante para hacer los disparos á un mismo tiempo.

El que maneja los cimbeles, operación la más importante de todas, pues de ella depende el éxito ó fracaso de la cacería, los hace funcionar tirando de la cuerda. Las palomas colocadas en los aparatos extienden y recogen las alas, como cuando van á posarse. Las que vienen en el bando, engañadas por esta maniobra, descienden y se dirigen á dichos



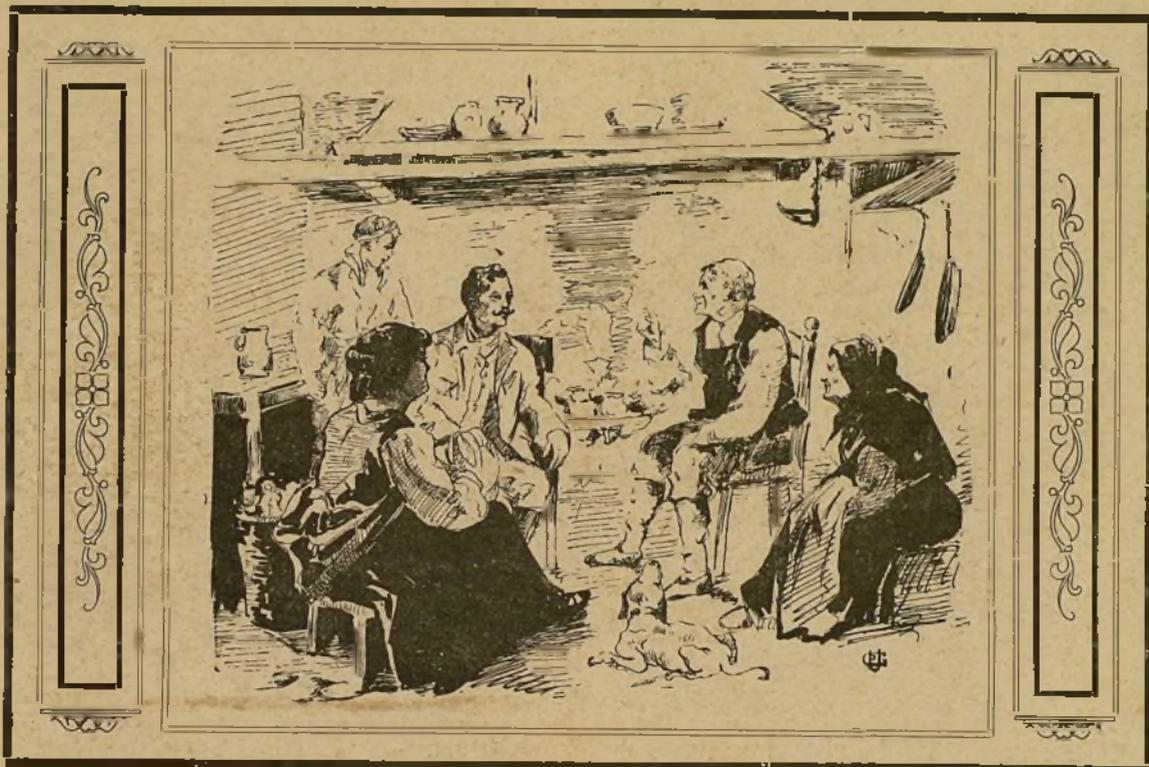
árboles, para descansar y llevarse de paso á las que tomaron por buenas compañeras.

El ruido que producen con sus aletazos para tomar cada una la ramita que le sirva de asiento es ensordecedor y extraño: los cazadores están á punto de disparar.

La voz de fuego se da por el jefe con las de prevención de *uno, dos y tres*, y á la tercera, cuando el grueso del bando de palomas ha cubierto los árboles destinados á matadero, suenan todos los tiros á un tiempo; ruedan por el suelo cientos de palomas, muertas ó heridas, y huyen las que pudieron escapar de esta encerrona vertiginosamente y en completo desorden, para unirse á bastantes leguas del lugar de la catástrofe y continuar su largo viaje de emigración, con hermoso instinto, digno de mejor suerte.

ERRE





JUNTO Á LA HOGUERA

LA NOVIA DE RAMÓN

¡Pobre Petrilla! Ni ella misma sabía lo que le pasaba; pero estaba triste. Era el misterio de casi todas las mujeres á los diez y ocho años: pujanza de vida en la sangre, exuberancia de ideas en el cerebro y amor en el corazón.

Era Abril, pero no el Abril de todas partes, sino el lujurioso Abril de Andalucía, cuya aparición hace reír al cielo en carcajadas de luz y al campo en risas de flores y sonos de gorjeos y murmullos y llena el aire y la vida de alegría y misterios primaverales.

Aquella noche, Petrilla había vuelto triste de la escarda y no tenía motivos. Entró en su pobre casuca, besó á su madre, cenó poco y de prisa y salió al huertecillo, donde dos ruiseñores entre un saúco hacían sus primeros tratos de amor.

En el rincón más solo, tendida, más que sentada, en un ribazo, clavaba sus ojazos negros en el azul del cielo. Fijaba sus miradas en un punto del espacio de luz más brillante cuanto más se perdían en el horizonte los restos del día.

No miraba el astro para verlo. Alejaba sus

miradas de la tierra, para transportar el alma á lo ideal, á lo que no es y, á la par, es todo para la vida. Los murmullos de la noche; el estridente rozamiento de élitros de algún insecto, dulcificado por la distancia; una copla rústica cantada á lo lejos, con toda su salvaje melodía, con toda la pureza clásica de estilo; el perfume de las flores nocturnas que desplegaban su corola tímidamente al verse libres de la dorada luz del sol... todo llegaba á su lado confundido en un ambiente de paz y de ventura que mecía su espíritu blandamente, como se mece una libélula posada en el delgado junco que la corriente agita.

¡Raro problema de la vida! Cuando todo era ventura; cuando el corazón ebrio de dicha latía más tranquilo; cuando el alma caía en ese éxtasis de bienestar, momento más próximo de la felicidad absoluta; cuando todo convidaba á reír, porque todo era alegría en el espíritu, ella lloraba; pero lloraba en paz, sin la violencia del dolor agudo. Dos gotitas que más parecían rocío que lágrimas rodaban de sus ojos. ¿Por qué?... Ni ella misma lo sabía.

Ramón, su hombre ideal, con cuyo amor había soñado Petrilla desde mucho antes, había estado escardando á su lado durante todo el día y ella había sentido en sus mejillas el fuego de las miradas del mozo. Sabía que ya era dueña de su corazón, que volvería á su lado al rayar la próxima aurora y estaba cierta de oír su declaración. No obstante, lloraba.

Lloraba para ser más feliz, porque no podía gozar la dicha sin la relación del dolor; porque aquello mismo que mata, á pequeñas dosis da la vida; porque el llanto, ese llanto silencioso, tranquilo, sin causa conocida, es el vehículo de lo sublime, es la expresión más dulce del amor. Se llora porque se ama, muchas veces, y no menos se ama porque se llora.

¡Languidez! ¡Deliciosa mezcla de dolor y dicha, remedo inimitable de la suprema felicidad!... ¿Qué sería de las mujeres jóvenes si al morir el día no frecuentaras alguna vez su febril imaginación?

Apenas rayaba el día siguiente en el horizonte, salió Petrilla para el tajo. Amanecía... como amanece en primavera en la sierra de Córdoba. Piense el lector en un amanecer que corresponda al anochecer que más arriba le pintamos, y se ahorrará unas líneas de pesada descripción.

En las afueras de la aldea, pronto encontró Petrilla á los mocitos y mocitas compañeros de trabajo. Con ellos emprendió el camino y los cantares alegres de todos llenaron el aire y llevaron sus ecos á la sierra. Según iban llegando á los sitios señalados para el trabajo, el grupo se desmembraba y los labriegos, de dos en dos ó de tres en tres, iban quedando en sus respectivos tajos. Al llegar á un recodo del camino, dijo Ramón á Petrilla tímidamente:

—Aquí es.

—Pues aquí quedamos.

Y los demás siguieron, y quedaron ellos, y empezó la escarda, en tanto que el sol asomaba su carota risueña detrás de los montes y regaba el campo de rayos de oro. Los dos mozos trabajaban en silencio. De vez en cuando, Ramón miraba á Petrilla; parecía que quería hablarla, pero no se atrevía; daba un suspiro y volvía á mirar al suelo y á cortar yerbajos mascullando una canción. Petrilla, con esa habilidad femenil ingénita, nada miraba, pero lo veía todo y el alma se le reía de gozo, presintiendo el instante de la declaración deseada.

Ya cerca de mediodía Ramón, como otras muchas veces, levantó la cabeza, miró á la gentil muchacha y se atrevió á hablar:

—Petriya...

—¿Qué dices, Ramón?

—Naa, que te yamo pa que mires un tantico p'acá.

—Trabaja y caya.

—Bastante he cayao toa la mañana, chavala,

—Po caya una mijita má, que pa lo que vas á esirme...

—¿Y tú qué zabe lo que yo vi á desite?

—¡Mira pa er tajo, asaura, que t'has dejao á la esparda tres matas d'arveja como tres arrendro!

—E verdá, chiquiya. Mira, ya están cortás. E que cuando me toca er tajo á tu vera...

—Que te toca toos los días...

—¡Ezo e! Ziempre que pueo.

—Güeno... y ¿qué?

—¿Qué?... Naa, que quió trabajá y las espiga, rosando tu farda, me van disiendo que tú estás serca y sin queré miro pa ti en lugá de mirá p'al escardiyo y... ¡Oye, Petriya!...

—¡Zigue, Ramón, zigue!

—Zi e que t'ha dejao p'atrás dos cardo' como do robre!...

—E verdá. Ahora he zío yo; pero tuya e la curpa.

—Mía, no.

—¿Pos de quién e entonse?

—¡Quién zabe!

—¡Der cura!

—Pue ze, chavala. Que er pae cura tié mucha ganita de echá una bendición á una parejita bien avenía y... ¡pue tené la curpa!

—Pos el amo no es ar cura á quien va á pelea cuando dé güerta ar tajo.

—Pos que me pelee á mí, zi la curpa e mía... Ascucha, Petriya. ¿Ves tú, ayá abajito, la caetica der chaparrá? Pos toítico aqueyo, la die faneguita de labó, los olivo y los arrendro, son de mis viejos...

—Güeno. ¿Y qué?

—¿Qué?... ¡Naa! Que ayí hay un nío mu durse pa lo do, zi tú quiere, y ayí no hay amo que chiye.

—Ezo e guayaba.

—Ezo e má serio que la misa.

—Pos lo veremos.

—¿Á qué hora m'aguarda esta noche en la reja?

—Á las dié.

—Má puntuá que un reló.

—¡Chiquiyo, que er tajo paese que no lo ha tocao naide!

—Aspera que vi á repasarlo. Hasta las dié, chavala de mi arma.

—Hasta las dié, Ramón.

—Oye... ¿Tiés perro?

—En mi casa no hay nadie más que mi madre.

—Entonse, es perra.

—¡Ramón! ¿Así empiesas?

—¡Caya, mujé, sí e una chufia! ¡Tu mare pa mí... la Vigen!

Y Petrilla y Ramón se separaron y volvieron al pueblo por distinto camino, para que nadie sospechara su arreglo y rodear así de encantador misterio el secreto de sus amores.

No bien en el reloj de la iglesia habían sonado las diez, cuando Ramón estaba junto á la reja de su amada y sostenía con ella dulce coloquio. Y volvió á la noche siguiente, y á la otra, y muchas más, y cada día aumentaba más su cariño y tornábase en esa pasión violenta que engendra siempre el primer amor en los corazones jóvenes.

Petrilla le quería también y también sentía los primeros chispazos de la pasión; no obstante, era mujer y sus ilusiones tenían más *peros* que las de su novio. Ramón encontraba en ella la mujer más hermosa, la más buena, la más lista, la más hacendosa. Petrilla veía en Ramón un hombre honrado, bueno, trabajador... pero... era tan bruto... era tan feo...

Cierto día, ya muy entrada la primavera, salió Petrilla á las tierras de su amo á buscar unos espárragos en las lindes. La mañana estaba espléndida; un débil nublado, tendido en el cielo como una gasa, atenuaba los ardores del sol y de vez en cuando dejaba caer sobre el campo algunas gotas de lluvia menuda que lo refrescaban y lo embellecían. Petrilla hubiera deseado aquella mañana tener á su lado á Ramón. Experimentaba interiormente una sensación nueva, un anhelo dulce y extraño; el olor á tierra mojada y á flores, el canto de las alondras y las codornices en la siembra agradeciendo los beneficios del cielo, la suave luz de una mañana primaveral con cielo ligeramente nublado, excitaban la pujanza de su naturaleza joven y sana; con las ventanas de su nariz perfecta ligeramente dilatadas, entreabiertos los rojos y húmedos labios con sonrisa celestial y con brillo centelleante de azabache en los ojos, miraba al campo embalsada y sentía como nunca la necesidad de hablar de amores intensamente, apasionadamente.

Tras una suave loma, á cuya falda se encontraba Petrilla, sonaron dos tiros: una codorniz con las patitas colgando, volando difícilmente y describiendo espirales en su vuelo, traspuso la cumbre y vino á caer cerca de ella. Dos perros, arrollando en su carrera el espeso trigarral, llegaron donde yacía la víctima, disputáronse un momento con sordo gruñido y al fin el más valiente, con la cabeza en alto y agitando la cola satisfecho, llevóla á manos de su dueño que ya llegaba en su busca. Era éste un arrogante y guapo mozo de veintitrés años, era Pepe, el hijo del amo

de Petrilla, que al verla llegó sonriente á su lado.

—¡Hola, Petriya! Dió te guarde, mujé.

—Bueno día, zeñito Pepe.

—No sabe tú lo que me alegro de encontrarte y encontrarte sola.

—¡Por Dió, zeñito Pepe!

—Nada temas. Es que hace mucho tiempo que quería desirte una cosa y no quería que me oyese nadie más que Dios y tú.

—¡Por Dió, zeñito Pepe!—Y al decirlo, el brillo de sus ojos aumentaba y se encendían sus mejillas con tintes de vida.

—Lo que tengo que desirte es que te quiero, Petriya, que te quiero como un loco hace mucho tiempo y no he encontrao hasta hoy ocasión de que lo supieras.

—¡Por Dió, zeñito! ¡Yo... soy una probel!



—Y yo soy un rico que quí ser pa ti solo, y no le importa naa der mundo ni der dinera si tú le quiere... Ahora ya lo sabe. Todo lo que más apresio en la vía es lo que vas á desirme... ¿Por qué no hablas? Contéstame. ¿Me quieres, Petriya?...—Y rodeaba dulcemente el talle de la joven.

—¡Por Dió, zeñito Pepe!—decía llena de rubor y sin resistir.

—¿Me quieres?

—¡Por Dió, zeñito?—Y las caras se acercaban y los alientos se confundían.

—Petriya, yo soy tuyo. Nunca he querido como te quiero á ti... Hoy lo sabrá mi padre y muy pronto serás mía pa siempre... ¿Lo oyes, Petriya?

—¡Por Dió!—Y los labios se juntaron, y Petrilla cerró los ojos y sonó un beso largo, fogoso, sublime.

¡Pobre Ramón!

Aquella noche, el labriego encontró cerrada la reja de Petrilla, y la encontró igual la siguiente y supo al fin su ingratitud y lloró como un niño y maldijo como un malvado... y no hizo nada más que llorar y maldecir. ¡Ni siquiera la odió! La quería aún.

El primer domingo, cuando Ramón salía de misa, á donde había ido á verla, topó con

el amigo officioso que nunca falta en estos casos.

—Dió te guarde, Ramón. ¿Aónde güeno?

—Ya ves. ¡De misa!

—¿No te han dicho que la Petriya se casa con Pepe, el hijo de tu amo?

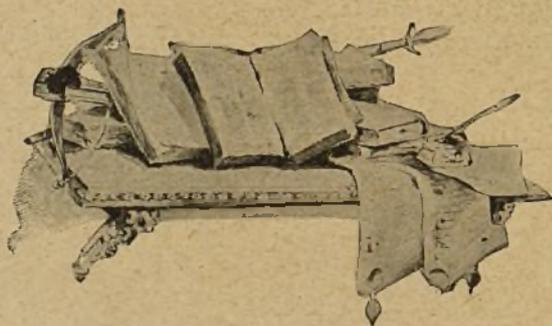
—Ya lo sé.

—¿Y no hases naa?

—¿Qué vi hasé? ¿Matarle á él y darle esa pesambre á eya? ¡Eso no! ¡Pobre Petriya! ¡Primero me mataría yo que arrancá una lágrima de sus ojo!

GUILLERMO J. ATHY

(Prohibida la reproducción.)



HOJEANDO PERGAMINOS

Legislación de Platón sobre la caza

Por estimar dignas de ser conocidas por nuestros lectores, publicamos á continuación las leyes del famoso filósofo griego, que dicen así:

«Tiene la palabra caza una significación muy extensa, y comprende en un solo género muchas especies particulares. Cázanse de diferente manera los animales que viven en el agua; lo mismo sucede con las aves, y aún más con los animales terrestres, si entendemos por tales no sólo los salvajes, sino también los hombres que se cazan unos á otros, bien por medio de la guerra, ya por la amistad, y esta última, ya es digna de alabanza, ya de vituperio. Los robos y salteamientos, tanto de hombre á hombre como de ejército á ejército, son también una especie de caza.

El legislador es menester que apruebe ciertas clases de caza y censure otras, teniendo presente los trabajos y los varios ejercicios de la juventud; los jóvenes por su parte han de escucharlo, obedecerlo y no separarse en nada de la sumisión que le deben, ni por afli-

ción al placer, ni por miedo á la fatiga; han de tener mayor respeto y más puntual obediencia á cuanto se les recomiende para su instrucción que á lo que se les prohíba con amenazas y castigos...

Hablemos, pues, ahora á nuestros jóvenes en forma de exhortación. Queridos amigos míos, les diremos, plegue á los dioses que nunca tengáis gusto ni inclinación á la caza de mar, ni á la que se hace con el anzuelo, ni á esa caza inactiva en que se emplean las redes de noche y de día contra todos los animales domésticos. Que no os agrade nunca embarcaros para cazar hombres ó ser piratas en la mar, porque eso haría de vosotros cazadores crueles y sin leyes; que nunca se os ocurra el latrocinio en nuestra ciudad ó en su territorio. Ojalá que tampoco tengáis afición alguna á la caza de aves; por grandes que sean sus atractivos, no conviene á hombres libres.

No queda, por consiguiente, á nuestros discípulos otra caza que la de los animales terrestres; pero la que se les hace durante la noche, relevándose unos á otros los cazadores; tampoco es digna de alabanza, conviniendo sólo á hombres sin actividad, lo mismo que la otra, en que hay sus momentos de descanso, y que se apodera, como con la mano, de los animales más feroces, envolviéndolos con redes y telas, en vez de vencerlos á viva fuerza, como cumple al cazador infatigable.

La única, pues, propia de todos los ciudadanos, y la más excelente, es la de los cuadrúpedos, que se hace con caballos y perros y con la propia actividad del cuerpo humano, en que es de necesidad capturar nuestra presa á la carrera, á fuerza de dardos y de heridas, y vencerla por nuestro brío. No hay otra cosa para quien quiera ejercitar su valor, don de los dioses.

La ley misma mandará que nadie impida á estos cazadores, verdaderamente sagrados, cazar por todas partes; que no se toleren, bajo ningún pretexto, los cazadores nocturnos, que ponen toda su confianza en los lazos y las telas; que nadie moleste á los que cazan las aves en los terrenos incultos y en los montes, pero que todos se opongan al que cace en las tierras cultivadas ó consagradas á los dioses.

La pesca será prohibida en los puertos, en los ríos, en las lagunas y estanques sagrados, pudiéndose pescar en cualquiera otra parte, pero sin emplear nunca ciertos líquidos compuestos de jugos.»

Estoy seguro de que al repasar lo que an-

tecede, más de uno y más de dos habrán pensado que otra sería nuestra ley de Caza si nuestros *Platones* la hubieran hecho con el interés demostrado por el sabio griego.

ROY LOPE



El monstruo de Navalperal

Existe en Navalperal un reptil de forma extraña que ha dado muerte á tres perros, á una oveja y á una cabra, y está sembrando de pánico aquella hermosa comarca. Para que nuestros lectores tuvieran noticia exacta de aquella *fiera corrupta*, armados de todas armas fuimos, el pintor Palencia con máquina fotográfica, y el que os escribe esta solfa con una fuerte coraza, dos rifles, una gumía, un revólver y una lanza. Aunque somos temerarios y no nos arredra nada, al llegar á la estación pensamos volver á casa, que la prudencia no es miedo, sino una virtud del alma; pero al fin nos decidimos y empezamos la jornada... Cruzamos valles y prados, subimos á las montañas, y al llegar á cierto arroyo vimos en una escarpada ladera, entre la maleza, un animal que lanzaba rugidos que nos ponían los pelos de á media vara. Palencia, muy decidido, colocó en su pie la máquina; puse en orden mis pertrechos, examiné nuestras armas, y esperamos que la fiera furiosa nos atacara. Vimos que se revolvía ó que se desparezaba,

y en un claro, entre dos peñas, pudimos examinarla. Era un enorme lagarto cubierto de recia escama, con dos ojos *encendidos* como si fueran dos lámparas eléctricas, y el hocico al del cerdo semejaba, con dilatadas narices, con una lengua muy larga, tan áspera como el rabo, y ambos á dos terminaban en afilada saeta. Tenía fuertes las garras y las uñas resistentes como *garfios de romana*. Lanzaba tales rugidos que entre valles *relembaban*



y el suelo se estremecía y el viento se *huracanaba*. Llegó el momento supremo. Palencia obtuvo una placa y requirió una pistola, yo me eché el rifle á la cara, y cuando los dos pensamos hacerle varias descargas y á balazos y á buen precio vender nuestra vida, lanza el monstruo un fuerte alarido y nos dice con voz clara: «¡Por Dios, no tiren ustedes que soy Florentino Espada, un cesante de Fomento á quien el hambre acosaba y me serví de esta industria para encontrar la pitanza! Compré en el Rastro este traje que usó, á juzgar por las trazas, algún monstruo de *Sigfredo* de la ópera wagneriana». Nos quedamos *de una pieza*, sin articular palabra. Cuando, repuestos del susto, la fiera nos dió las gracias,]

sacó Palencia la bota,
 dos chuletas y unas pastas
 que aquel monstruo devoró
 dentro de su indumentaria...
 Satisfechos y orgullosos,
 recogimos nuestras armas
 y volvimos á la corte,
 donde ya nos esperaban
 rogando á Dios por nosotros
 y llorando en nuestras casas.

UN POLLO IGUALÓN



LA PREOCUPACION DE DON ANSELMO

Ó UN TIRO DE CÁLCULO

No existe en *toda la faz* de nuestro achatado planeta un ingeniero tan competente y tan entusiasta por su carrera como D. Anselmo.

Es de admirar la maravillosa organización matemática de su cerebro, moralmente considerada; porque en su aspecto físico tenía muy mal aspecto, semejaba una pera de Don Guindo invertida sobre los hombros del notable ingeniero.

En el momento de nacer ya dió una lección á sus progenitores que le esperaban un jueves por la mañana y no llegó hasta las seis y cuarto de la tarde del lunes siguiente.

Cuando niño se entretenía en contar las veces que entraba en la taberna una pareja del *orden público* que estaba de servicio en la esquina de su casa.

Después de muy brillantes ejercicios ingresó, en su juventud, en la Escuela de Caminos, Puertos y Canales y obtuvo á los pocos años el título de ingeniero y comenzó á hacer prodigios matemáticos.

Ya tenemos á D. Anselmo ingeniero-jefe de una región donde abundaba la caza, y para entretener sus pocos ratos de ocio se hizo cazador; pero con tal mala fortuna que no conseguía dar muerte á ninguna de las especies animales objeto de su afición.

Esto tenía contrariado á D. Anselmo y le hacía pasar en vela la mayoría de las noches.

¿Consistiría en alguna imperfección de su escopeta? Imposible, era de la mejor marca, estaba probada y reconocida por un armero de bien cimentada fama.

¿Estarían mal cargados los cartuchos? Tampoco, porque los adquiría en un estableci-

miento de gran renombre en la carga del cartucho.

Se encontraba en estas ó parecidas disquisiciones cuando brotó de su privilegiado cerebro una idea luminosa.

Todas las cosas que existen están sujetas á leyes físicas inexorables y pueden ser objeto de cálculo. ¿Por qué no han de someterse á ellas las armas y substancias explosivas y vulnerables que emplea el cazador para producir la muerte?

Y, en efecto, el bueno de D. Anselmo *dió en la rara manía* de someter al cálculo la resolución de aquel problema por él planteado, y tirando de pluma y con el eficaz auxilio de las matemáticas realizó concienzudamente las operaciones y razonamientos siguientes:

—Si designamos por h la fuerza explosiva, por g la densidad real de la carga y por v la velocidad inicial, tendremos calculada la energía potencial por la fórmula:

$$v^2 = 2gh \quad [1]$$

Ahora bien, como los proyectiles lanzados al hacer el disparo describen una trayectoria que es un arco de parábola cuya ecuación, llamando a al ángulo que su dirección forma con el horizonte, es:

$$y = x \operatorname{tg} a - \frac{ga}{2v^2 \cos^2 a} \quad [2]$$

Sustituyendo en vez de v^2 su valor [1] se tendrá:

$$y = x \operatorname{tg} a - \frac{ga^2}{4h \cos^2 a}$$

Los proyectiles encuentran al blanco en el horizonte á una distancia del punto del disparo igual á

$$x = 14h \cos^2 a = 7h \operatorname{sen}^2 a$$

Ya tenía resuelto el problema y su orgullo estaba satisfecho; ahora era preciso ponerlo en práctica, y, en efecto, á los pocos días fué á cazar á un vedado y se hizo acompañar por el guarda.

De vez en cuando y mientras caminaba por el monte iba recordando *in mente* sus famosos cálculos.

Se detuvo en el fondo de un barranco, de donde arrancó un conejo. Repitió en su imaginación el valor de x , y cuando el conejo corría por la ladera de enfrente le disparó lleno de satisfacción y... vió desplomarse al guarda desde lo alto del cerrete con el cráneo hecho una criba.

La desesperación de D. Anselmo llegó á su colmo, y fuera de sí, presa de una fuerte enajenación mental, repetía á grandes voces:

—¡No, no es posible! La operación está clara, el valor de x es exacto:

$$14h \cos^2 a = 7h \sin^2 a$$

Llegaron las autoridades al lugar del suceso y encontraron á D. Anselmo mesándose los cabellos, repitiendo las operaciones matemáticas y pidiendo un lápiz y un papel para comprobarlas.

Conducido á la presencia judicial, fué encerrado en un calabozo, y mientras se practicaban las diligencias y se depuraban los hechos, D. Anselmo llenaba de guarismos las paredes de su prisión. Por fin dió con el error y golpeando las puertas pedía á gritos nueva declaración.

—No soy culpable de tamaño accidente, el verdadero valor es el siguiente:

$$x = 4h \cos^2 a = 2h \sin^2 a$$

El pobre D. Anselmo fué recluído en un manicomio, donde acabó sus días haciendo números y razonamientos matemáticos.

M. MORALES

Consultorio jurídico de "Caza y Pesca,"

Consulta.

¿Puede un gobernador prohibir por edicto que después del 1.º de Agosto, y con licencia de caza, se cace la codorniz en terrenos no vedados cuando están levantadas las cosechas?—L. J. y M.

Resolución.

No puede prohibir un gobernador que se cace en esos terrenos y con esas condiciones, pues á ello se oponen los artículos 8.º y 9.º de la vigente ley de Caza y copiosa jurisprudencia del Tribunal Supremo, entre ella las sentencias de 26 de Febrero y 23 de Noviembre de 1904, entre otras muchas.

Consulta.

¿Puede un individuo tomar parte en una subasta verificada en la Comandancia de la Guardia civil y adjudicársele una escopeta recogida á un cazador, sin más requisitos que entregar el precio que alcanzó en la licitación?—A. J. H.

Resolución.

Es lógico suponer que habrán de exigirle á dicho individuo la licencia de «uso de armas, de caza y para cazar», porque se daría el caso que la misma Guardia civil que le entregó en la subasta la escopeta se la pudiera quitar cuando saliese del local donde se subastó, por carecer de la referida licencia.

NOTICIAS

Legislación de caza, pesca y uso de armas. Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado.

Precio de la misma 1,50 pesetas. De venta en la Administración de esta revista.

★

NUESTRO RETRASO

Por causas ajenas á nuestra voluntad se ha retrasado la publicación de este número. En lo sucesivo procuraremos evitarlo. Por ello solicitamos el perdón de nuestros lectores.

CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea é inserción es de 75 céntimos.

★

Se facilitan acciones de un vedado de caza próximo á Madrid, con abundancia de perdices, liebres y conejos.

Para más detalles, Hortaleza, 128, 3.º, señor Vegas.

★

Se arrienda la pesca de la «laguna del Tarray», 200 hectáreas de superficie, á cinco kilómetros de la estación de Quero (líneas de Andalucía y Valencia). Para más detalles diríjanse al señor Marqués de Gallegos, Toledo.



FOOT-BALL

De Madrid.

El domingo 1 del corriente tuvo lugar en el campo del Athletic el partido anunciado entre los Clubs «Madrid» y «Athletic». El tiempo no fué muy propicio para que se lucieran los jugadores, pero sin embargo, presenciarnos un hermoso partido, cuya victoria fué para el «Madrid» por tres goals á uno el «Athletic». La verdad es que siempre que estos dos Clubs juegan gana el «Madrid» por tres á uno, aunque el equipo del «Athletic» sea superior al «Madrid». Se conoce que la fuerza moral del primero contra el segundo es enorme, aunque mi parecer es que como estos dos Clubs están en una buena armonía, no se hacen juego duro, y no haciéndose juego duro justo es reconocer que los jugadores del «Madrid» son los primeros haciendo filigranas con el balón. Muchas veces oí, antes de un partido entre esas dos Sociedades, decir á los jugadores del «Athletic»: «Mañana haremos juego duro contra el «Madrid», y nunca vi confirmarse este dicho. Más vale así: el foot-ball es un juego en que se debe demostrar la destreza, no la fuerza.

El partido, como digo antes, fué bonito, pues el primero y único goal hecho por el «Athletic» fué hecho entrando los cuatro delanteros en el goal. Observé que en ambos equipos se veía una serie de jugadores que desconozco, y otros que han jugado en segundos y aun en terceros equipos de las Sociedades.

Roque Allende fué el alma del «Athletic», ayudado, como es natural, por su indispensable medio chandiola. Belamode en el ataque jugó bien, así como Goñi en la línea de medios; éste es un jugador que vale mucho y llegará, de seguir así, á ser indispensable en la línea de medios del primer equipo del «Athletic».

Del «Madrid», Joaquín Pérez, que es el de siempre, y también vimos á Dieste, que jugó bien haciendo entradas oportunas: el medio centro Pombo nos gustó mucho: tiene el modo de jugar que tienen todos los jugadores de Coruña y Vigo, pausado, sin entrar á destiem-

po, en fin, un gran jugador; gracias á él no entró el «Athletic» más goals.

Para el día 15 se anuncia un partido entre el primer equipo de la Gimnástica y el primero del «Athletic».

Los equipos estarán constituidos del modo siguiente:

Gimnástica:

Pola.

Carruana, Arche.

F. Guzmán, Kindelán, Quintana.

Peñalosa, Morales, Guzmán, Baonza, Kindelán.

Athletic:

Linnaac.

Pérez, Allende.

Goñi, Zuloaga, Chandiola.

Elorduy, Belaunde, Roteta, Zuloaga, Smith.

Veremos quién lleva la victoria; en el «Athletic» hay jugadores nuevos completamente, pues Roteta y los hermanos Zuloaga no los hemos visto jugar aquí sino en entrenamientos, y, la verdad, me gustan bastante. Cada uno en su puesto, pero sobre todo Roteta es un gran jugador para el puesto que se le destina. Veremos si nos da un chasco.

En la «Gimnástica» vemos á Baonza de delantero; no sabemos qué resultado dará, pues le conocemos ya en todos los puestos menos en ése.

Arche era del segundo el año pasado y no nos disgusta como defensa; los demás ya los conoce todo el público por haber jugado en diferentes Sociedades.

Como habrán observado nuestros lectores, Joaquín Pérez, el defensa del «Madrid», ha pasado á formar parte del Athletic Club. La verdad es que ha sido una gran adquisición para este Club, porque así su línea de defensas es magnífica, y puede tenerlo el «Athletic» para el Campeonato, pues, según hemos oído decir, Azuaga no volverá á jugar más al foot-ball.

Nuestra Asociación General de Cazadores y Pescadores de España ha publicado una esmerada edición, autorizada de R. O. por el Ministerio de Fomento, conteniendo la Ley, el reciente Reglamento y todas las disposiciones vigentes sobre Pesca fluvial, en un volumen de bolsillo que se expende en el domicilio social, Bolsa, 10, 2.º, al precio de 50 céntimos de peseta cada ejemplar.